Ya con alguna notoriedad, recorrió todos los Estados Unidos, conferenciando desesperadamente, y asistiendo de paso á la Convención Socialista de Chicago, en donde se decretó la huelga general (en Yankilandia,) en el caso de que el Gobierno de la Unión interviniera en México.

La proposición tendente al acuerdo, fué sugerida por Gutiérrez de Lara, y menester es reconocer que fué hábil y oportuna para la revolución, entonces apenas en flor.

Por esta época, los Diputados americanos, Nicholls y Wilsson (socialistas) habían presentado al Congreso un proyecto de Ley, sobre investigación de las persecuciones que sufrían los refugiados políticos mexicanos.

Esta proposición, fué también apoyada en el Senado por los miembros del mismo La Follette, Gore y otros.

Gutiérrez de Lara, es llamado á deponer, y expone ante la poderosa asamblea, todos los cargos que contra el Gobierno de su país abrigaba.

Cuando empezó la revolución, estaba el prohombre socialista todavía en Los Angeles, y corrió precipitadamente, no al campo á donde no llegó hasta principios de febrero, sino á impetrar la cooperación de la Cruz Roja americana que se negó á prestar auxilio á los rebeldes mexicanos.

Dejémosle hablar al propio interesado.

—"Sí, señor; desde principios de Febrero, hice armas en la revolución, donde no me **mataron** (como se dijo), donde no tiré el fusil, donde no izé bandera blanca, donde **si corrí**, corrieron junto conmigo más de 500 hombres derrotados en Casas Grandes.

El ataque se hizo antes del retorno de una comisión exploradora que había salido á tratar de saber dónde estaba el enemigo.

Estuvimos tres días sin comer, beber, ni dormir. Cuando volvieron los que habían salido de exploración se les quiso procesar.

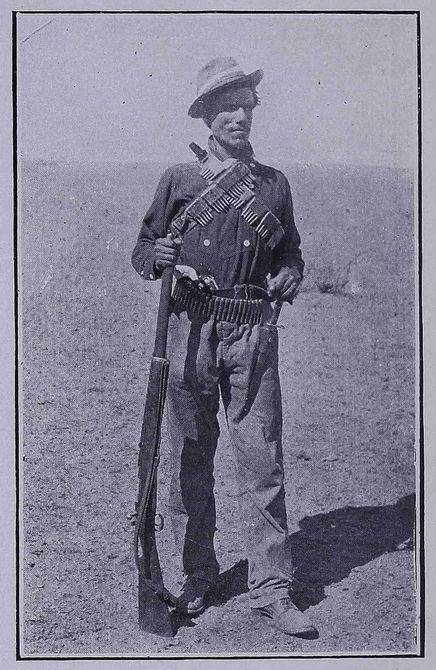
Los famosos generales revolucionarios, no supieron lo que se hacían en Casas Grandes; y la culpa de la derrota cabe por partes iguales á Garibaldi, Hay, y Raul Madero, que fueron quienes dirigieron el ataque.

Después de la acción de Casas Grandes, pedí permiso para retirarme á Madero, á fin de proseguir mi campaña electoral en El Paso, en donde el voto de los mexicanos entra por mucho en el balance de la política local."

—¿. . . . . ?

—"Mi juicio sobre Madero, no es un juicio definitivo. Creo que es honrado y sincero; pero no es ni será nunca socialista."

Hasta aquí, las palabras del socialista mexicano.



Digamos ahora nosotros algo, por nuestra propia cuenta.

El futuro organizador de la lucha, cruenta lucha social en México, es á nuestros ojos, sino de superior talento, sí de muchísimo cuidado.

Para un país como México, en que el nivel intelectual del proletariado alcanza un mínimum desastroso, imagina, lector, lo que puede suponer en porvenir no lejano, la labor disolvente de Gutiérrez de Lara, mexicano y agitador.

Y digo "mexicano" muy á su pesar, pues él nos aseguró, formalmente, de acuerdo con sus ideas, que no tenía patria.

Digamos, no obstante, y en su abono, que á pesar de lo del permiso y subsecuente retirada, libre bajo fianza, el segundo día del asedio de Ciudad Juárez, allí acudió él á ayudar á los revolucionarios, pasando dinamita y otras lindezas, á dos millas al Oeste de la ciudad sitiada.

Según él, ofreció sus servicios y un abogado á los prisioneros de guerra federales (véase el capítulo, "General Navarro,") y al propio General Navarro, valiéndole tan generosa acción el ser arrestado por Villa que lo remitió á su cuartel amarrado codo con codo.

Madero, ordenó que lo soltasen.

Como broche de oro para cerrar el desfile de esta primera silueta revolucionaria, añadiremos, antes del comentario, que Gutiérrez de Lara, fué quien disfrazado de trabajador, condujo al Valle Nacional y á Yucatán, á John Kennett Turner, autor del librito titulado "Mexico Barbarous."

En los primeros momentos de una revolución, es muy difícil formar juicio exacto, y ni siquiera aproximado, de los hombres que la integran.

Además, ocurre casi siempre, que aquéllos que más figuraron en ella, quizá los que más efectivamente cooperaron al triunfo, son figuras que aparentemente en primer término, (á virtud de porción de circunstancias,) pasan enseguida á segundo lugar, sino se esfuman con rapidez, á semejanza de los fuegos de artificio, que iluminando un instante el espacio, luego, ni rastro de su estela de fuego queda en la insondable bóveda donde, fugitivamente, brillaron, sólo un segundo.

Estas consideraciones, no nos las surgiere, naturalmente, la interesante figura de Gutiérrez de Lara, que como casi todas las de este libro, es y son, meramente episódicas.

No; es la impresión diaria, constantemente rectificada, durante el proceso de observación de hechos y hombres que, después de haber influído magnamente en los destinos de México, quisiéramos deducir cuál haya de ser su acción futura.

Un general de la revolución, quizás el mejor preparado para ser ídolo de la clase amorfa mexicana (clase que todavía no ha hablado, clase á la que aspira á hacer pensar y hablar (Gutiérrez de Lara) llama á los intelectuales que rodean á Madero, á ese mismo grupo que, á la hora en que escribo, comenzó ya á **desperdigarse** los **músicos.**

Estudiemos el vocablo, porque el General que lo produjo no tiene capítulo, como Gutiérrez de Lara, en este librejo.

Músicos, es decir, poetas, líricos, soñadores, quizás **danzantes,** porque en música con facilidad nada extraña se es bailarín.

Por modo, que para el citado general, **home de guerra,** que debe de sentir, como Napoleón, un santo desprecio hacia la música, Sánchez Azcona, Vázquez Gómez, González Garza, Pinto, Urquidi, y tantos otros, no son más que míseros profesores de orquesta, sometidos á la batuta del Maestro Madero.

¿Quién sospechará tanto ingenio en hombre tan rudo?

Ni el propio Gutiérrez de Lara, futuro regenerador de nuestra abnegada y filosófica plebe.

¡Oh, las revoluciones!

Singular poder y eficacia, la de estas crisis, que de tal modo cambian el aspecto de los hombres y de los acontecimientos.

Porque, ¿sabes lector amadísimo, quién es el autor de la fracesilla que en Ciudad Juárez ha perseguido, como rechifla tácita, infinidad de días, al grupo intelectual?

Pues el mismo que en un día tan crítico como histórico, se atreviera á arrestar á Madero y á su joven gabinete. Conste el atropello. Consígnese la célebre frase.

Pascual Orozco fué el autor.

—¡Músicos. . . !

Así los llamó, ignoramos si admirativa ó despectivamente.

Juzgue la Historia, ya que de esta música nadie conoce sino el **motivo**, y todo lo más, los primeros compases de la **sinfonía.**